

LA SORPRENDENTE MEDIACION SOVIETICA EN TASHKENT

En la Gran Bretaña se ha hablado de esos “rusos con suerte”, y *The Times*, de Londres, llegó a decir, con toda la solemnidad: “Cuán extraño e intolerable hubiera parecido a Curzon que los asuntos del subcontinente que él gobernó hubiesen sido llevados a Tashkent para ser discutidos bajo el patrocinio de un ruso.” (Consideración amarga que de alguna manera se intentó suavizar en seguida al advertir que más significativo incluso, “en 1966, que el cambiado mundo desde los días de Curzon, es el cambiado punto de vista del mundo que tienen los rusos”.) Y una revista con una gran difusión, dentro y fuera de los Estados Unidos, *Newsweek*, se sintió movida a comentar: “Muy bien pudieran los historiadores volver un día la mirada hacia atrás, hacia lo que sucedió en la ciudad soviética de Tashkent (para considerarlo) como una de las grandes vertientes diplomáticas de la era de la postguerra.”

Lo que se consiguió en Tashkent—la capital de la república autónoma soviética de Uzbekistán, una mancha multicolor dominada por el verde de los oasis perdidos en la inmensidad arenosa y ocre de las llanuras del Asia Central, acondicionada y adecentada con mucha prisa para la ocasión—ha sido algo más que llegar a un acuerdo entre la India y el Pakistán, las dos grandes naciones en que quedó partido el subcontinente un día gobernado y dominado por lord Curzon, literalmente en estado de guerra a causa de los graves choques que se habían producido un poco antes sobre la cuestión de Cachemira. Ha sido también el anuncio hecho al mundo, en circunstancias de un especial y acentuado dramatismo, de que la Unión Soviética acometió y llevó a buen término lo que otras grandes potencias, en teoría al menos, con mayores títulos y acaso posibilidades, no pudieron o no se atrevieron a iniciar siquiera.

No tanto porque fuese imposible—acaso ni siquiera difícil—la mediación para que el presidente del Pakistán, mariscal Mohammed Ayub Jan, y el

jefe del Gobierno de la India (poco después fallecido), Lal Bahadur Shastri, se encontrasen, cosa que, sin duda, ambos deseaban vivamente. Eso lo hubiera podido hacer cualquiera con un poco de autoridad, prestigio e influencia. Podría—debería—haberlo hecho la Gran Bretaña. ¿Por qué no lo hizo, no lo intentó siquiera? Una parte por lo menos de la respuesta la dió, apenas un mes más tarde, Indira Gandhi, la hija del Pandit Nehru, que en la actualidad ocupa la posición única y quizá nada envidiable de primer ministro de la segunda potencia del mundo por el número de sus habitantes, unos 480 millones, en un programa de televisión realizado por una emisora norteamericana. En respuesta a una pregunta, dijo la señora Gandhi:

“No diría yo que hay malquerencia todavía (en la India hacia Inglaterra), porque no la hubo durante la campaña en favor de la independencia. Pero es cierto que recientemente la ha habido, porque hay por la India la sensación de que, sobre el conflicto indo-pakistaní, Inglaterra no ha sido muy justa con la India y ha creado un poco de tensión.

“Creo yo que los Estados Unidos mostraron una comprensión mucho mayor. Por alguna razón, la gente esperaba más de Inglaterra, porque se conoce por allí mucho mejor el fondo de la cuestión y debería de haber habido mayor comprensión.”

Nada hizo la Gran Bretaña, por temor tal vez a que una iniciativa suya tropezase con una agria repulsa. En una de las partes, por lo menos, se había llegado a tener la impresión de que la Gran Bretaña no podía actuar con imparcialidad, y eso deja destrozada, para empezar, la base de toda acción mediadora.

Tampoco lo hizo, no pareció haberlo intentado siquiera, la poderosa nación norteamericana, que después de haber dejado la impresión, en los días de John Foster Dulles al frente del Departamento de Estado, de que se inclinaba fuerte, decididamente, hacia el lado del Pakistán, como el gran bastión en perspectiva contra la expansión del comunista—el soviético sobre todo, que era entonces el mayor y más serio motivo de preocupación para los Estados Unidos—por el vasto y vital subcontinente asiático, llegó a ganarse voluntades, afectos y simpatías por la India por la forma decidida y animosa con que se prestó a facilitar ayuda en gran escala para que ese país pudiese salir de grandes y graves apuros alimenticios. La llegada de cantidades fabulosas, millones de toneladas, de trigo y de manteca hizo posible la creación de un ambiente de comprensión y hasta de amistad, a lo cual acabaron prestando una aportación de inestimable valor embajadores

como Chester Bowles y John Galbraith, el mismo que hizo un análisis de la *Sociedad opulenta*, que ofreció ancho tema para el comentario en los medios económicos, sociales e intelectuales durante algún tiempo. Pero tampoco los Estados Unidos se sintieron con ánimo para ofrecer una mediación a pesar de una historia más bien brillante y honrosa, en la que hay notas tan salientes como la política de *Open Door* en China, la mediación de Theodore Roosevelt para suavizar el rigor de las condiciones impuestas por el Japón a raíz de la guerra ruso-japonesa, y, en fin, una intervención más reciente y más próxima, para el establecimiento de una línea de alto el fuego en la misma Cachemira, la gran cuestión que hizo posible la conferencia de Tashkent, y en la que jugó un papel del mayor relieve el almirante Nimitz.

Pero la influencia de los Estados Unidos se había visto muy debilitada por esa parte del mundo; buen testimonio de ello ha sido la inesperada y en cierto modo sorprendente aproximación del Pakistán a la China comunista, de lo cual fué una primera manifestación el acuerdo de navegación aérea que hizo posible el establecimiento de comunicaciones directas y regulares entre los dos países, un acontecimiento que tropezó con una violenta y agria oposición norteamericana. Al proceso de deterioro en las relaciones entre los Estados Unidos y el Pakistán contribuyó en buena medida la tendencia al debilitamiento de la ayuda norteamericana a este país asiático y los comienzos, por lo menos, de un programa de ayuda militar a la India, que encontró una justificación y un punto de partida adecuado en la agresión china contra la frontera indochina en 1962. Sin embargo, y aun en el caso de que fuese decidido más bien que esperanzador el cambio favorable que estaban experimentando las relaciones entre los Estados Unidos y la India, esto apenas podría considerarse como la gran razón en la cual apoyarse para una oferta de mediación que hiciese posible la busca de una solución negociada a las graves diferencias entre la India y el Pakistán.

Había algo más, sin embargo: la posición general de los Estados Unidos en Asia y que había encontrado la definición más elocuente, hasta el momento, en la situación a que se había llegado, a que había llegado una intervención norteamericana en los asuntos de una parte del mundo asiático, por el Vietnam y, en general, por todo el Sudeste Asiático. Una potencia que se encontraba envuelta ya en una intervención militar directa y en gran escala en una porción de Asia, ¿podría encontrarse con fuerza moral, por no hablar ya de influencia, para brindar por otra sus buenos oficios mediadores? Acaso la respuesta esté en el hecho de que el Gobierno de los Estados Unidos

no pareció haber pensado siquiera en la posibilidad de hacer semejante tentativa. Unas pocas semanas después, el corresponsal de *The Times*, de Londres, en Washington empezaba de esta manera nada generosa para la posición que había llegado a ocupar la gran potencia norteamericana en el mundo oriental, una crónica dedicada especialmente al análisis de la política norteamericana hacia China en unos momentos en que se acentuaba la impresión de que una ruptura entre Moscú y Pekín podría no sólo ser posible, sino hasta inevitable. “Mientras el presidente Johnson—se decía—está en Hawai reunido con sus procónsules y capitanes llegados de las posiciones norteamericanas en tierra firme asiática, los informes sobre una posible ruptura entre la Unión Soviética y China están siendo estudiados (en Washington) con mucho detenimiento.”

Pocas veces, si alguna, se ha podido hablar, desde los días de Roma para acá, de los procónsules en un sentido que no fuese peyorativo. Y era francamente peyorativo en esta ocasión. Por lo tanto, y con procónsules y capitanes destacados en diversos puntos del continente asiático, ¿en qué condiciones, morales, no físicas—desde el punto de vista físico nunca se había conocido nada de tanta, tan impresionante fuerza—podrían encontrarse los Estados Unidos para intervenir en calidad de mediadores en el conflicto indopakistaní? En la pregunta y en las consideraciones—unas pocas nada más de las que se podrían hacer—precedentes va implícita, sin duda, la respuesta.

Este proceso de eliminación, automática, voluntaria, podía dejar campo abierto a una potencia neta, exclusivamente asiática, China. Bastaría, sin embargo, para su exclusión, con manifestaciones de su fogosidad revolucionaria como esa misma actitud agresiva contra la potencia con la cual parecía haber establecido relaciones amistosas y hasta de posible colaboración con anterioridad incluso a la primera Conferencia de Bandung. La actividad de China por las proximidades de la frontera de la India, hasta acabar en su penetración por más de un sitio y la separación de una parte de su territorio, como sucedió en la remota provincia transhimalaya de Ladakh, no sólo excluía toda posibilidad de mediación de una potencia que aspiraba a convertirse en la influencia decisiva del continente asiático, sino que podía incluso llegar a convertirse en un agente con posibilidad de inmunizar a la India, por lo menos, contra la virulencia contagiosa del comunismo *made in Pekin*.

* * *

Por el proceso de eliminación y exclusión, voluntaria o inevitable, se podía llegar, se había llegado, en definitiva, a dejar abierta a la Unión Soviética una posibilidad que más bien se había llegado a creer que estaba cerrada para todos: ingleses, norteamericanos o chinos, los que pudiesen considerarse por alguna razón con derechos y atribuciones para intervenir—mediar—en la cuestión. De pronto, con la sorpresa de lo inesperado o lo que hubiera acaso podido parecer imposible, surge la propuesta soviética.

Podría parecer no sólo que se trataba de una aspiración imposible—por cosas como el tradicional apoyo que la Unión Soviética había prestado a la India sobre la cuestión de Cachemira, hasta alcanzar el punto de poner el veto para impedir su discusión en las Naciones Unidas, como una vez y otra había pretendido hacer el Pakistán—, sino de una pretensión tan inútil como absurda, lo suficiente para que de ella saliese tan quebrantado el prestigio de los actuales dirigentes soviéticos, Leonid Brezhnev, primer secretario del Comité Central y miembro del Presidium del Soviet Supremo (lo que da a su cargo político un carácter representativo que basta para colocarle, por este lado, en una posición que tiene precedencia a la de cualquier miembro del Gobierno, incluido su presidente), y Aleksei Kosygin, primer ministro, que diese entrada una vez a las especulaciones sobre probables cambios de la naturaleza del que se había producido poco tiempo antes, con la destitución de Nikita Jruschev.

Con el tono contristado de la envidia más bien que del resentimiento o el rencor, *The Economist*, de Londres, sintió la necesidad de hablar en sentido admirativo de Kosygin, el hombre que había hecho la invitación primero y que había presidido, pero casi sin parecerlo, la Conferencia de Tashkent, en la que se llegó a un acuerdo que parecía una imposibilidad desde todos los puntos de vista. Primero, desde el punto de vista del acuerdo mismo; después, desde el de su aceptación en los dos países interesados, la India y, sobre todo, el Pakistán, y, finalmente, desde el punto de vista de la aplicación y puesta en vigor de lo acordado. “Mr. Wilson—decía *The Economist*—no había hecho más que abrir la boca sobre la guerra de Cachemira, y las compuertas del *chauvinismo* le estallaron encima con una violencia que todavía está pidiendo explicaciones cuatro meses después del acontecimiento. El señor Kosygin, por contraste, animosamente “equiparó a la víctima y al agresor” hasta el punto de gastar un tiempo igual, medido con cronómetro, con cada uno de ellos en las conversaciones... de Tashkent. Puede hacer un llamamiento a la paz; puede brindar primero un lugar

de reunión para los rivales y a continuación su propia mediación: y nadie muestra la más pequeña resistencia”.

Ha sido algo extraordinario en sí y cuya importancia quizá se vea aumentada con el paso del tiempo. Ha sido extraordinario por el éxito que tuvo, sin duda. Que ha sido como se puede comprender con facilidad, lo que ha dado lugar a muchos comentarios, consideraciones y quizá también a las preocupaciones. Apenas se podría esperar otra cosa.

El desarrollo que tuvo la conferencia misma fué capaz de realzar la importancia del hombre—y de la potencia que representaba—, porque más de una vez se tuvo la impresión de que se encontraba al borde del fracaso y, sin embargo, llegó a tenerse la sospecha, cuando más desalentadoras parecían ser las perspectivas, que era algo que no podía fracasar. Por la actitud del anfitrión, de quien la nota dominante podía ser aquella manera discreta en que se presentaba cuando no quedaba más remedio, para rogar, insinuar, insistir. Y eso que, parecía evidente desde el primer momento, todo producía la impresión de estar dispuesto para asegurar el éxito de la reunión. Quizá porque no quedaba otra salida, sencillamente.

* * *

Ni una parte ni la otra podía permitir la continuación o la reanudación de las hostilidades. Esa era la conclusión que se había sacado de aquella prueba trágica en que, por muy indirectamente que hubiese sido, tanto la India como el Pakistán habían estado empeñados, sólo unos pocos meses antes, en un conflicto, en un choque en el cual habían actuado por delegación. Lo que se discutió, el futuro de Cachemira, les concernía de una manera muy directa. Pero nada más que eso. Todo lo demás les era extraño, empezando por el armamento y acabando por el hecho de que la dirección militar de uno y otro país había tenido el mismo origen, en su preparación, y había servido incluso a las mismas órdenes y respondido a los mismos ideales y estímulos.

Al choque se había llegado porque ambos lados estaban igualmente seguros de que su única consecuencia posible habría de ser la victoria total, ineluctable. Una victoria que, por un lado, el del Pakistán, se esperaba lograr—se tenía la seguridad de que sería lograda—como el desenlace inevitable de una serie de golpes rápidos y decisivos asestados por un ejército acaso de posibilidades más reducidas, medidas a largo plazo, pero mejor

armado y con una mayor, más sólida y disciplinada preparación. Una victoria que, por el otro lado, el de la India, habría de llegar sin remedio con que sólo fuese posible resistir y contener las primeras acometidas, porque los recursos humanos y materiales eran muy superiores y porque, además, la India contaba incluso con lo que apenas existía en el Pakistán: con una industria militar en condiciones de atender no sólo al problema esencial del municionamiento, sino a la reparación y hasta la construcción de algunos tipos importantes de armamento, como tanques y aviones.

Todos aquellos cálculos y previsiones se vinieron abajo cuando, en cosa de pocos días, toda la potencia acorazada, prácticamente, del Pakistán quedó reducida a chatarra y cuando la potencia militar de la India quedó también seriamente quebrantada y la capacidad de resistencia de una retaguardia no sólo en condiciones de miseria, sino al borde incluso del hambre, era notoriamente insuficiente para salir de la prueba a que se había visto sometida.

“Esta es la lección—proclamó el mariscal Ayub, aludiendo a la imposibilidad material de continuar adelante con las hostilidades que habían sido ya interrumpidas y que apenas se podría pensar en que pudiesen ser reanudadas—que deberíamos haber aprendido de nuestra experiencia reciente. Para nosotros, esto es vital, es indispensable.”

Igual, poco más o menos, era la actitud de Shastri, el primer ministro de la India, quien no perdió la ocasión para insistir y recalcar los tremendos sacrificios que habrían de resultar de una reanudación de las hostilidades.

* * *

A pesar de todo, se llegó al último momento de una semana de entrevistas y cambios de impresiones con la sospecha o el convencimiento de que se había caído en la más increíble y absurda de las situaciones, sin poder llegar a un acuerdo y, al mismo tiempo, sin poder salir de allí sin una declaración que hiciese imposible, por lo menos, la reanudación de las hostilidades. Es más, la declaración que se esperaba al fin que acabaría saliendo de allí apenas podría ir más allá de una expresión vaga, sin compromisos ni obligaciones, del deseo de conservar aquella situación de alto el fuego en que con alguna precipitación había desembocado el choque armado. Porque el Pakistán no podía renunciar a lo que siempre había pedido: que la decisión sobre el futuro de Cachemira fuese decidida por los propios habi-

tantes de la región que unas circunstancias especiales habían hecho caer del lado de la India en el momento de la partición de lo que habían sido los territorios de la más rica y deslumbrante de las posesiones del Imperio Británico. Y la India no podía permitir, precisamente, que se celebrase un plebiscito cuyo resultado general podía conocerse por anticipado, dada la abrumadora mayoría de la población musulmana de Cachemira. Ni la India podía renunciar a la soberanía de Cachemira ni el Pakistán podía aceptar que continuasen las cosas como estaban con carácter indefinido o definitivo, a pesar de la línea de alto el fuego que ya dejaba una parte de la región al lado del Pakistán.

Esto, el futuro de Cachemira, no era una cuestión negociable para la India. Hasta tal punto las posiciones eran fijas, inflexibles, que la palabra misma, Cachemira, aparecía excluida, como por acuerdo, de las negociaciones oficiales. Ni una parte ni la otra, ni siquiera la mediadora, hacían otra cosa que, en la más apremiante de las circunstancias, aludir a ella de una manera indirecta. Con todo, llegó a decir el primer ministro de la India, "sería un acontecimiento notable el que llegase a surgir un acuerdo para renunciar al uso de la fuerza para la solución de nuestras diferencias". Pero podía quizá dejar flotando en una atmósfera tensa la impresión de ser un deso imposiblemente condicionado, porque "nuestra mutua garantía de que no se haría uso de la fuerza significaría, por lo tanto, que cada una de las partes estaría de acuerdo en respetar la integridad territorial de la otra".

¿Se quería con eso decir que Cachemira, la porción que está del lado de la India de la línea de alto el fuego, formaba parte de esa integridad territorial que había de ser respetada? Shastri ahora, cuando se estaba celebrando la Conferencia de Tashkent, al igual que el Pandit Nehru antes y su hija después, no podía pensar en otra cosa que en la continuación de la soberanía india sobre el valle de Cachemira. Y por eso precisamente, se había llegado a contemplar con resignación la perspectiva de que un día u otro la guerra con el Pakistán volvería a ser inevitable, como, bien se había visto, lo había sido en los días que desembocaron en la situación que se fijó el 5 de agosto último, como consecuencia de la resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Bien se decía por Nueva Delhi que "tan pronto como empezase a hacer frío, las cosas empezarían a marchar un poco mejor y una paz verdadera con el Pakistán llegaría en el momento en que las aguas del Ganges estuviesen completamente heladas".

Por eso tal vez la Conferencia de Tashkent, en que tanto se había com-

prometido, evidentemente, la Unión Soviética—Kosygin, el primer ministro, había llegado al frente de un grupo de importantes personalidades, civiles y militares, como el ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko; los mariscales Malinovsky y Sokolovsky—, se desarrolló en un ambiente que casi parecía no dejar lugar a otra cosa, por el exterior, que a la indiferencia o el escepticismo. Sólo el Papa, Paulo VI, dió muestras de haberse percatado de la enorme importancia que podía tener, en el caso de terminar con un acuerdo satisfactorio. De él llegó un mensaje en el que se decía:

“En el momento en que tiene lugar el encuentro entre el jefe del Estado pakistaní y el primer ministro indio, para tratar de resolver las dificultades y la controversia entre los dos países, nuestros pensamientos se vuelven con ansiedad hacia vosotros, queridos hijos, y hacia vuestros queridos pueblos, y Nos oramos por que estas reuniones puedan tener resultados felices para el bienestar de los dos países.”

* * *

Mientras seguía adelante la Conferencia de Tashkent sin otra presencia occidental—en el caso en que eso se pudiese considerar una presencia occidental sin condiciones ni limitaciones de ninguna clase—que esos buenos y generosos sentimientos del Vaticano, se podía empezar a tener la sospecha de que por algunas capitales del Occidente, Londres y, sobre todo, Washington, ni resultaría aceptable el éxito de esas negociaciones, por temor a ver tremendamente aumentada la influencia soviética por el mundo asiático, ni resultaría soportable la idea del fracaso. En cierto modo, se volvían a repetir, en condiciones distintas y con una significación nueva, las circunstancias aquellas que hacían pensar en que si el éxito de la conferencia no era posible, tampoco lo era el fracaso.

Era una situación que describió *The Economist* con certera y concisa brevedad al decir que sólo se podrían encontrar motivos de agradecimiento por razón de aquella iniciativa soviética. “Pudiera haber—decía—algún perverso entretenimiento en ver cómo también los rusos se quemaban los dedos, pero la paz de Asia estaría más asegurada si eso no ocurriese. El señor Kosygin se encuentra jugando un papel responsable en la disputa de Cachemira: por mucho que sea lo que pueda él buscar también en favor del interés de la propia Rusia, y por estúpida que sea su pretensión de que sólo los malvados imperialistas han podido mantener viva la contienda. Su país, como una gran potencia de la región, tiene tanto derecho como cualquier otra a

jugar el papel que le corresponde, y una influencia mucho mayor que la de Inglaterra sobre las partes en disputa. Si los rusos, de cara ante las responsabilidades del poder, tratan de hacer uso de ellas de una manera responsable, todos saldremos ganando. Intenta persuadir a indios y pakistaníes para que vivan con su problema en vez de luchar por su causa, como ya están haciendo los europeos del Este y del Oeste.”

A pesar, pues, de lo que parecían ser unas grandes, insalvables dificultades—de las que sólo el “imperialismo tenía la culpa, apenas hacía otra cosa que acusarlo de sembrar la discordia y la disensión entre los negociadores—, la Conferencia de Tashkent terminó de una manera tan satisfactoria, que no podía faltar la interpretación escéptica. Aquello sólo podía ser un acuerdo de circunstancias, algo pactado con miras a salir de una situación embarazosa. Pero cuando no sólo se ratificó en las capitales respectivas, Rawalpindi, del Pakistán; Nueva Delhi, de la India, la decisión de hacerlo respetar y cumplir, incluso—acaso más por ello que por cualquier otra cosa—en aquella circunstancia dolorosa que hizo que el jefe de la delegación india regresase cadáver, con el avión que lo transportaba volando directamente sobre territorio del Pakistán, cuando para el viaje de ida a Tashkent se había dado un gran rodeo, para mantenerse a una respetable distancia, sino que muy pronto empezaron las conversaciones previstas, entre las autoridades afectadas de una y otra parte; cuando se procedió sin pérdida de tiempo al pleno restablecimiento de unas buenas relaciones diplomáticas y comerciales, y cuando, es más, se dió comienzo no sólo al cumplimiento de todo lo establecido, empezando por la retirada de las fuerzas militares de uno y otro país detrás de las fronteras respectivas, las que existían con anterioridad al choque que terminó con el armisticio del 5 de agosto, lo que empezó a llamar la atención fué menos el acierto de la mediación soviética, que las circunstancias tan especiales en que se produjo.

* * *

Por aquellos mismos días en que Kosygin había llegado a dar la impresión de que estaba pasando las veinticuatro horas del día dejando a Shastri para hablar con Ayub, saliendo de conferenciar con éste para cambiar impresiones con aquél, estaba en pleno desarrollo una sensacional, emocionante “ofensiva de paz norteamericana”, algo que de haber tenido éxito sólo hubiera podido restablecer, quizá aumentar también, la mucha influencia y

la general simpatía de que los Estados Unidos habían gozado por buena parte del mundo asiático. Una influencia que desde los días de John Hay y su política de puerta abierta sólo se había de pensar en que de ella saliesen consecuencias favorables. Había, sin embargo, indicios serios de cambio desde hacía algún tiempo. Que no quedaron desautorizados, en contradicho, después de aquello que movió a *Newsweek*, el semanario norteamericano, a decir que acaso más importante que las perspectivas de paz que se abrían ante la "Declaración de Tashkent", fuese el hecho de haber sido esta conferencia "sólo la más notable de una serie de acontecimientos que mostraron que Lyndon Johnson (el presidente norteamericano) no es el único capaz de montar una asombrosa ofensiva diplomática. Desde Mongolia a Hanoi y desde París a La Habana..., los emisarios del Kremlin se encontraban en movimiento, con un despliegue de actividad que estaba siendo contemplado y medido con la mayor atención por Pekín y Washington al mismo tiempo".

En medio de alguna protesta, mayor en el Pakistán, de donde salieron, sin duda, las principales concesiones, y en un ambiente en el que no faltaban augurios ominosos para el futuro, se procedió sin demora a llevar adelante los acuerdos de Tashkent. No se esperó siquiera, para acometer la tarea prometida, a que hubiesen terminado las ceremonias de incineración de los restos mortales de Shastri, el primer ministro de la India, que había fallecido en Tashkent en la noche del mismo día en que había sido firmado el documento con el que se prometía devolver la situación en torno a la discutida y agria cuestión de Cachemira, al punto en que se encontraba en el momento de producirse, el verano anterior, el breve, aunque violento y catastrófico, choque militar entre la India y el Pakistán. Al mismo tiempo que seguía adelante esta tarea, de tanta importancia para el subcontinente asiático y más todavía en unos momentos en que se iba haciendo realidad la amenaza del hambre en extensas regiones de la India—se habló de que podría afectar por lo menos acien millones de seres y ser la causa de la muerte por inanición de un elevado porcentaje, acaso el 10 por 100 o más—y se hacía más virulenta y amenazadora la impaciencia revolucionaria de la China de Mao Tse-tung, uno de cuyos grandes objetivos acaso fuese la India, parecía seguir adelante el propósito soviético, ya metido de lleno en una fase nueva de su política exterior, de acentuar y ensanchar su influencia por el mundo asiático.

Esa Conferencia de Tashkent, un triunfo de la política soviética tanto

mayor y más resonante por aparecer colocado contra el fondo desconfiado, desalentador, receloso en que se celebró, no ha sido más que una parte del programa entonces en desarrollo. Apenas es posible—no todavía—medir no ya las consecuencias, que no son para ahora, sino el valor e importancia relativos de tres acontecimientos producidos al mismo tiempo, poco más o menos: esa Conferencia de Tashkent, convocada pero apenas presidida por Alexei Kosygin, el primer ministro de la U. R. S. S., en presencia y con la ayuda constante de una numerosa e importante delegación, de la que era parte, ya lo hemos visto, el ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko, y de la cual apenas se habló ni hubo motivos ostentosos para ello; el viaje a Hanoi, la capital del Vietnam del Norte, pasando por Pekín, tanto en el viaje de ida como en el de regreso, de Alexandr Shelepin, actualmente considerado como el dirigente número 2 del Partido Comunista de la Unión Soviética, también al frente de una delegación de singular importancia, por la representación civil y, más todavía, militar, y la misión enviada a Ulan Bator, la antigua Urga o, en chino, Kulun, capital de la República Popular de la Mongolia, presidida nada menos que por Leonid Brezhnev, actualmente primer secretario del Comité Central del Partido Comunista soviético y como tal la primer autoridad de la nación. Para ir a Tashkent podía muy bien servir el primer ministro; para ir a Hanoi bastaría, sin duda, con la personalidad más representativa del sistema soviético después de Brezhnev; pero parecía evidente que para ir a la Mongolia exterior, con el propósito nada menos que de formalizar un nuestro tratado, haría falta movilizar a la autoridad máxima de la nación. Hace poco y con miras precisamente a que encajase mejor en los procedimientos protocolarios occidentales ese sistema soviético que coloca al primer secretario del Comité Central, o del Secretariado, que se encuentra, con el Buró Político (como se vuelve a llamar el Presidium del Comité Central), en la cúspide de la organización política del país, en la posición de la primera autoridad política de la U. R. S. S., se tomó la decisión de que fuese miembro también del Presidium del Soviet Supremo, una de cuyas funciones es la de ser la representación máxima, de carácter colectivo o colegiado, de la administración nacional y, por lo tanto, del Estado. Normalmente, las funciones, puramente representativas y protocolarias, de la jefatura del Estado, corresponden al presidente de este Presidium, en la actualidad Nikolai Podgorny, pero de hecho todos los miembros de este Politburó son parte de lo que se podría llamar la presidencia del país. Por esta razón, dondequiera que se encuentre Brezhnev, en función

oficial, se encuentra también la representación más alta de la estructura del Estado soviético. De esta manera tiene precedente, en cualquier sistema protocolario, a cualquiera otra personalidad soviética, con la excepción teórica de Podgorny, a quien pudiera, desde este punto de vista, considerarse como el *primus inter pares* de esa complicada estructura, aunque sólo por el lado puramente administrativo o, mejor todavía, representativo. Y como las funciones de Podgorny son pura, exclusivamente representativas y protocolarias—recibir embajadores, por ejemplo—, no es probable que jamás llegue a producirse el más leve rozamiento. Ahora, con esa nueva condición que tiene Kosygin, como miembro del Presidium del Soviet Supremo, no es de esperar tampoco que vuelva a darse una situación, aun en el caso de mantenerse separados indefinidamente los cargos de primer secretario, el de absoluta prioridad y autoridad, y de primer ministro, como aquella tan llamativa que se dió con motivo de una visita oficial hecha por Jrushev a Praga cuando todavía no era más que el primer secretario del Comité Central, en compañía del mariscal Bulganin, que era entonces el primer ministro. Para que no se volviese a repetir el espectáculo de la anterior conferencia “de la cumbre” de Ginebra, por ejemplo, con la tendencia de los jefes de Estado y Gobierno participantes a conceder un primer puesto y rango a Bulganin, en vez de a Jrushev, en esta ocasión, al llegar a la capital de Checoslovaquia, despegó de la comitiva y marchó muy por delante, en cabeza, en coche descubierto, saludando, aplaudiendo y recibiendo, con ostentosos movimientos de las manos entrelazadas por encima de la cabeza, los saludos de la multitud agolpada a la orilla de las calles. A partir de aquel momento, que dejó al primer ministro relegado a la posición que había mantenido durante una buena parte de la dirección de Stalin, hasta la segunda guerra mundial, cuando circunstancias especiales le hicieron asumir también la dirección del lado administrativo del gobierno de la nación, no habría posibilidad de duda sobre quién es más importante y ha de ocupar una posición de absoluta preferencia y prioridad, el primer secretario del Partido o el primer ministro. En el caso, es decir, como ahora sucede, de que ambos cargos no coincidan en la misma persona, que es lo que al fin hizo Jrushev, al igual que antes había hecho Stalin.

* * *

Cualquiera de estos tres acontecimientos bastaría, por sí solo, para llamar la atención hacia los posibles objetivos y propósito de la política

exterior soviética. En un caso, lo que se podría presentar con un esfuerzo realizado en favor de la paz adquiere una significación especial en vista no sólo de la situación que existe en esa parte del mundo a la cual afecta de una manera directa y los factores e influencias que tienen en ella puesta una gran atención, sino por el hecho de haber sido tan notoria, hasta fecha reciente, la inclinación de la Unión Soviética hacia el lado de la India. Quizá ante todo por haber figurado, durante algunos años, el Pakistán como la potencia asiática hacia la cual se dirigían las atenciones y las ayudas—cerca de 5.000 millones de dólares si la ayuda se mide por el valor que se le ha dado en los Estados Unidos—de la gran potencia que en los días de John Foster Dulles al frente del Departamento de Estado pudo soñar con extender hacia el mundo asiático aquella sensación de estabilidad y resistencia contra las ambiciones expansivas del comunismo que se llegó a encontrar bajo la protección de la O. T. A. N., la Ayuda para la Seguridad Mutua y la enorme, persistente exhibición de poder que estaban haciendo las bases del Mando Aéreo Estratégico—S. A. C.—y de proyectiles dirigidos establecidas en el suelo europeo. En cualquier caso, es un hecho sobradamente conocido que gracias al apoyo soviético resuelto fué imposible llevar una y otra vez el problema de Cachemira al Consejo de Seguridad. Bastaba con intentarlo para que se tropezase con el obstáculo del veto soviético.

Esto, que podría por sí solo colocar a la U. R. S. S. en posición desventajosa como potencia mediadora, por causa de los antecedentes de la cuestión, ya que había tomado partido por una de las partes, en pugna en lo que, en definitiva, fué la causa de un acto de guerra entre la India y el Pakistán, se perdió al fin de vista ante la actitud más reciente de una imparcialidad aparente y total. Una gran potencia parecía encontrarse haciendo en este caso demostración de lo que hasta poco antes hubiera parecido imposible: la defensa de sus propias posiciones y el fortalecimiento y desarrollo de su propia influencia en una zona de intensas y peligrosas fricciones mediante la adopción de una actitud que producía la impresión de estar armada por una objetividad e imparcialidad totales.

Aquello pudiera ser más que la demostración de que se había alcanzado, por el lado soviético, un alto nivel de desarrollo y madurez, el cambio que se había producido en la política soviética en un período de tiempo relativamente corto, puesto que no llegaba siquiera a redondear el medio siglo. Juzgado con alguna prisa o superficialidad, el hecho parecería tanto más llamativo en vista de ese antecedente que demostraba la importancia deci-

siva que la guerra había tenido para el nacimiento del régimen soviético. Pensar en esto, en la existencia del régimen comunista en la U. R. S. S., en una inmensa extensión geográfica que alcanzaba en sus comienzos a la sexta parte de la superficie terrestre de nuestro planeta, sin el antecedente de una guerra de vastas dimensiones, hubiera sido pensar en lo increíble y fantástico.

Pero, aparentemente, lo que nació en la guerra y, en cierto modo, como consecuencia directa de la guerra, necesita de la paz no sólo para su consolidación, sino para la continuada expansión de su poder y, con ello, de su influencia también. En esa realidad inmensa y un poco aterradora que es la Unión Soviética, la paz parece que empieza a ser una condición básica, indispensable, no sólo como garantía de su propia existencia, que hace necesarias, entre otras cosas, enérgicas y a menudo radicales medidas de corrección y enmienda de grandes y graves errores, sino como garantía también de que en el proceso de extensión y consolidación de su influencia exterior no se ha de tropezar con resistencias acaso capaces de conducir a resultados catastróficos. La Unión Soviética necesita la paz para encontrarse, a ser posible, en condiciones adecuadas para hacer frente a los peligros que se perfilan, que pueden surgir en el futuro, como algo capaz de convertirse en una amenaza terrible para el desarrollo y mantenimiento de esa hegemonía con que, sin duda, habría soñado. Tal vez incluso como garantía de su propia existencia nacional. Por lo menos a lo largo y ancho de una gran porción del suelo sobre el cual se extienden ya el mucho poder y autoridad de la Unión Soviética.

Y, en un último extremo, para que sufran trastornos, entorpecimientos y dificultades insuperables los esfuerzos y movimientos de "liberación nacional", que en la era atómica están perfilados como uno de los factores dominantes de la situación. Si no para el presente, para un futuro que pudiera no estar muy lejos, de llevar a muchas cosas hacia la dirección que ya en estos mismos momentos se dibuja.

* * *

En el desarrollo de este aspecto nuevo de la situación, hay dos aspectos que merecen especial atención. Uno está en la importancia que tiene el continente asiático, con sus dimensiones poco menos que ilimitadas y sus posibilidades acaso incalculables. El otro, en el estado de desarrollo en que se

encuentran ya esos movimientos que han culminado en hechos como la guerra del Vietnam, que mientras para unos es la expresión clara, inconfundible, de un acto de agresión, aunque sus medios principales hayan sido la infiltración más bien que el ataque abierto, es para otros nada más ni nada menos que la expresión del derecho sagrado, inalienable, de los pueblos a la independencia y la libertad.

Es decir: la guerra del Vietnam no merece figurar, no puede figurar en la lista de las guerras que, en esta era atómica, el Partido Comunista de la Unión Soviética ha proclamado no sólo como innecesarias, sino, a la larga, como suicidas. Desde que Carlos Marx dió forma al concepto sobre la inevitabilidad de las guerras en una sociedad capitalista, han ocurrido muchas cosas, entre ellas dos de singular relieve: el hecho de que de una guerra salió el régimen y el poder soviéticos, y la inauguración, con las bombas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki, de una era, con valores y posibilidades radical—y ominosamente—distintos a todo lo que la Humanidad había conocido hasta entonces.

Desde luego, la necesidad de la revisión de conceptos tenidos hasta entonces por básicos, parecía, más que inevitable, urgente. De esto, que llevó a una potencia comunista a situarse voluntariamente frente a otra, con un carácter de ayuda en potencia al anticomunismo, aparte el desarrollo de una rivalidad muy peligrosa, aunque sólo fuese por el hecho de tener grandes posibilidades de escisión en un campo hasta entonces sólidamente unido contra la sociedad capitalista y occidental, ha salido una salvedad de especial importancia: las *guerras de liberación nacional*. Estas, como dijo Jruschev y han repetido y confirmado sus sucesores, son sagradas.

Guerra de liberación nacional es, desde el punto de vista soviético y más todavía desde el punto de vista chino, esa del Vietnam del Sur que más que un conflicto entre el Vietcong—el Frente de Liberación Nacional, según la denominación oficial, alentado, apoyado y acaso iniciado por el régimen comunista del Vietnam del Norte—y el régimen survietnamita, salido de las condiciones del armisticio de 1954, está convirtiéndose en una guerra entre el Vietcong, con todo lo que es y representa, y los Estados Unidos. A pesar de lo que se dijese y afirmase en Pekín, en los momentos en que se daban los toques finales a los preparativos para el XXIII Congreso del Partido Comunista de la U. R. S. S., convocado para los últimos días del pasado marzo y del que apenas podía salir ya otra cosa que una situación de choque y ruptura entre los dos mayores partidos comunistas del mun-

do, el régimen soviético nunca podrá—acaso no lo quisiese tampoco—desentenderse del todo de una situación como la del Vietnam. El problema está planteado por allí en términos que reducen y limitan extraordinariamente el campo de maniobra y, consideraciones ideológicas aparte, las dos superpotencias nucleares tienen características propias de tal naturaleza que a duras penas hacen posible, quizá tolerable, que una situación como la del Vietnam conduzca a la afirmación clara de una influencia o la otra.

Lógicamente, apenas es posible otra cosa que la neutralización, pero ese ensayo se hizo en la Conferencia de Ginebra de 1954, y ya se han visto los resultados.

Por si esto no bastase, ahora se tropieza con un tercero en discordia, camino ya de verse convertido asimismo en una potencia atómica. Y si el tiempo lo permite, también en una superpotencia. Los que han visto, en actitud que sólo ha podido ser de asombro, la rapidez con que se creó y desarrolló la potencia nuclear soviética, no tienen motivos especialmente serios para dudar de las posibilidades de China para hacer otro tanto en un plazo de tiempo más o menos largo, pero nunca muy largo. A menos, es decir, que se produjese la intervención de factores tan especiales como una guerra con los Estados Unidos.

En los Estados Unidos por lo menos existe, muy extendida, la preocupación de que China, a la que se cree muy próxima a realizar un nuevo experimento atómico, pero esta vez—a más tardar en la primavera—con una bomba de hidrógeno. Eso sería testimonio inconfundible de lo que está en evidencia desde hace años: la rapidez con que se pasa de una etapa a otra en un proceso tecnológico. Todavía Francia, que se adelantó a China en la presentación de la solicitud de ingreso en el club atómico, no ha pasado prácticamente de la fase de las bombas de fisión a las de fusión. China, que hubo de esperar algún tiempo todavía para preparar, por lo menos, esa solicitud de ingreso, está a punto, según se cree, de fabricar su bomba H experimental. En este caso pudiera estar en vías de repetirse otra vez lo que ya se dió en un pasado reciente, cuando la Unión Soviética, que hizo explotar su primer bomba atómica experimental en septiembre de 1949, cinco años largos después de la destrucción de Hiroshima y Nagasaki, estuvo a punto de adelantarse a los Estados Unidos en materia de experimentación con una bomba H. Y a juzgar por lo que han llegado a sostener algunos especialistas en la cuestión, en realidad así se hizo. Todo depende de la categoría que merezca aquel artefacto, ingenio o lo que fuese que hizo des-

aparecer un pequeño atolón del Pacífico, para crear una situación que todavía acarrea consecuencias.

Si aquello no fué una bomba, sino un mecanismo de tal volumen y condiciones que no podría resultar manejable, sólo hecho explotar después de haber sido colocado y tal vez montado en una posición fija, entonces los soviéticos sí sacaron una delantera de meses a los Estados Unidos, porque su primera explosión nuclear—termonuclear, como por allí ha sido definida—se hizo con una bomba.

En cualquier caso, el valor real de todo esto es nulo, prácticamente. Se trata de una simple cuestión anecdótica cuya verdadera importancia radica en la posibilidad o la probabilidad de que China sea una potencia nuclear en cosa de poco tiempo, tal vez antes de que termine esta década, en el caso de que se prefiera calificar de potencia nuclear a la nación que no sólo ha realizado alguna prueba experimental, sino que se encuentra también en posesión de un arsenal, del *stock* de armas nucleares.

Al mismo tiempo, surgen otras cuestiones de especial significación en estos momentos y en los que han de seguir de aquí en adelante. Como el de la rapidez y eficacia con que China, una potencia nuclear en estado de formación, llegue a disponer de los medios adecuados para su transporte, para llevar una carga nuclear hasta un posible objetivo. Algunos especialistas en la materia empiezan a creer que China pudiera pasar por alto una etapa por lo menos en el proceso de desarrollo de la potencia nuclear seguido hasta la fecha, la de los aviones de bombardeo de una gran autonomía, capaces de realizar incursiones a grandes distancias y velocidades. Se especula con la posibilidad de que deje a un lado totalmente esta cuestión para concentrar atención y recursos en el desarrollo de las armas nucleares, por un lado; de los proyectiles balísticos, por el otro. En cuyo caso existe la posibilidad, por lo menos, de que se convierta en un plazo de tiempo relativamente corto, diez años, por ejemplo, en una potencia capaz de amenazar tanto a la Unión Soviética como a los Estados Unidos con sus propias armas nucleares. Y de ejercer, en consecuencia, enorme presión, la presión que es susceptible de convertirse en chantaje cuando se dispone de los medios indispensables para ello, con miras al logro de unos objetivos determinados.

Si China fuese una potencia nuclear plenamente desarrollada en estos momentos, apenas se podría dudar de una cosa: que la posición de los Esta-

dos Unidos sería mucho más difícil, acaso mucho más comprometida, de lo que ya lo es. Por lo menos en cuanto a situaciones como esa del Vietnam.

* * *

En cuanto al Vietnam, es el prestigio—la cara—no menos que la influencia de tres grandes potencias lo que está en juego. Para China es una cuestión de tener, sencillamente, abiertos los caminos a la expansión, tanto desde el punto de vista ideológico—comunista—, como nacional, el que corresponde a una gran potencia o con aspiraciones muy serias a serlo. Desde el punto de vista de los Estados Unidos, está, ante todo y por encima de todo, una cuestión fundamental: que en un mundo en el que la fuerza del comunismo y la revolución empieza a presentar ciertas características especiales —y temibles— desde el momento en que cuenta con el estímulo poderoso, o en potencia, de la ayuda de naciones ya sometidas a régimen comunista, acaba siendo ineluctable necesidad el tomar una decisión: la de hacer alto en algún sitio, en un sitio, si en realidad se quiere evitar que la celebrada y un poco discutida figura de las fichas de dominó acabe teniendo al mundo entero por escenario.

Para la Unión Soviética, la situación es mucho más delicada y compleja. Porque no se trata tanto de continuar adelante con un proceso de expansión del poder y la influencia, como de evitar que sufra menos a causa de lo que pudiera hacer una potencia rival y antagónica que de los movimientos y maniobras de un aliado y amigo que se ha convertido, de pronto, en un competidor resuelto y temible. En el mejor de los casos, poco es el fruto que podría sacar la Unión Soviética del Vietnam en el caso de un triunfo del Vietcong, aunque esto fuese siempre preferible a la situación, más que negativa enteramente adversa, que supondría la consolidación definitiva de un régimen anticomunista en Saigón. De hecho, lo que está en juego por esa parte del mundo afecta única y exclusivamente a los Estados Unidos y a China.

Esa es la razón, sin duda, que mueve al régimen de Pekín a manifestaciones de tal violencia como la que le ha llevado a presentar a los rusos como “alcahuetes de los imperialistas”, a hablar, como ha hecho *Bandera Roja*, el órgano teórico del Partido Comunista chino, de una “alianza soviéticojaponesa-indio-norteamericana”, de una alianza que no tiene nada de santa, por supuesto, tal o como se la ve desde Pekín. A China no le basta

con la ayuda, con cualquier ayuda, que la U. R. S. S. pudiese prestar al Vietnam del Norte. Porque lo que quiere y necesita, en esta fase de su propio proceso de virulencia revolucionaria, es que la U. R. S. S. preste al Vietnam del Norte la ayuda que China quiere y en la forma en que China quiere y a China le conviene. Que habría de ser, ante todo, dirigida contra los Estados Unidos, para imponerles, con la amenaza de sus propias cargas nucleares, la retirada de lo que está considerado por Pekín como un terreno que debería estar acotado, geográfica y lógicamente, para uso y provecho exclusivo de China. Y en forma no menos real y efectiva en que por ahora se encuentra Hispanoamérica en relación y beneficio de los Estados Unidos.

En cierto modo, el papel de la Unión Soviética en cuanto al Vietnam no se diferencia, en lo fundamental—aunque sí en los métodos y procedimientos—, del papel que con tanto acierto ha jugado Kosygin en Tashkent. Es el papel reservado únicamente a las potencias que han alcanzado—creen haber alcanzado—un alto grado de desarrollo y llegan a tener el convencimiento de que sus intereses y su influencia están mejor guardados y protegidos cuando se evitan las extensiones y las intromisiones de otros intereses e influencias más jóvenes y más agresivos, en consecuencia.

Desde el punto de vista soviético, pocas parecían ser, en realidad, las perspectivas de una decidida expansión de la influencia norteamericana por el mundo asiático. Lo que había sucedido en los últimos años había tenido francas características desalentadoras, por Indonesia, por el Sudeste Asiático, por la India, por otras partes, en fin, y últimamente por el Pakistán, algo que unos pocos años atrás hubiera parecido inverosímil del todo. Pero a la Unión Soviética, que, además de ser una gran potencia nuclear, es también una potencia asiática, le ha salido un competidor, un rival ya, mucho más peligroso y temible que los Estados Unidos. Es China, por supuesto.

* * *

Esto nos lleva de la mano en busca de una posición ventajosa para la observación de ese otro gran acontecimiento de estos últimos meses en el continente asiático: la visita de Brezhnev a Ulan Bator para la firma de un tratado de amistad y ayuda mutua negociado entre la República Popular de Mongolia y la Unión Soviética, por un período de veinte años; de hecho, la continuación de otro similar firmado el 27 de febrero de 1946, aunque:

éste tenía una duración de diez años, si bien al cabo de ellos era susceptible de renovación automática por otro período de la misma duración.

Este nuevo tratado, firmado por Yumzhagin Tsedenbal, primer secretario del Partido Comunista y primer ministro de la República Popular de Mongolia, y Leonid Brezhnev, dice, conviene recordarlo:

“Las altas partes contratantes continuarán reforzando la política de amistad entre los pueblos de la Unión Soviética y la República Popular de Mongolia.

”... Las altas partes contratantes se prestarán ayuda mutua para asegurar el potencial defensivo de los dos países... Celebrarán consultas sobre las cuestiones internacionales más importantes concernientes a los intereses de los dos países... y tomarán conjuntamente todas las medidas necesarias, incluidas las medidas militares, a fin de garantizar la seguridad, la independencia y la integridad territorial de los dos países.”

Termina el nuevo acuerdo advirtiendo que las altas partes contratantes han “prestado la debida consideración... a los cambios que se han producido en Asia y en el mundo entero”.

En presencia de un documento de esta naturaleza, resulta irresistible la tentación de pensar hacia dónde irá dirigido, qué peligros, o amenazas, o simples temores para un futuro de imprevisible duración pudieran haber aconsejado una medida de esta naturaleza. Porque, es evidente, Mongolia se encuentra de tal modo, a tal profundidad incrustada entre dos grandes potencias, la Unión Soviética, en su proyección asiática, y China, que no es posible, cualquiera que sea el empeño puesto en la tarea, imaginarse una situación en la que ninguna otra potencia pudiera hacer nada capaz de ejercer la más leve influencia sobre la independencia, soberanía e integridad territorial de Mongolia. Y como, de las dos potencias colindantes con ella, una es aliada y se ha comprometido a acudir en su ayuda, con “medidas militares” si fuesen necesarias, la única conclusión a que es posible llegar es que Mongolia y la Unión Soviética han negociado y firmado un pacto de amistad y ayuda mutua que va dirigido, única y exclusivamente, contra China.

El interés de la Unión Soviética por la paz y la estabilidad del continente asiático asume un color y unas características muy especiales en este caso. Porque Mongolia es uno de los principales y más importantes puntos de penetración y expansión de la influencia del comunismo chino, ya clara, inconfundiblemente rival del comunismo soviético. Y Mongolia ha sido—si-

gue siendo—un campo de contienda y de lucha ideológica y material entre los dos mayores partidos comunistas del mundo y, sobre todo, entre China y la Unión Soviética como Estados colindantes, separados por una frontera de miles de kilómetros de longitud y cuajada toda ella de puntos de fricción, rozamiento y posible conflicto también.

* * *

Cuando Brezhnev llegó a Irkust, en el viaje de regreso de Ulan Bator, después de la firma del tratado de amistad y ayuda mutua con Mongolia, estaba allí Shelepin, que procedía de Pekín y Hanoi. Los dos juntos, el número 1 y el número 2 en la más alta jerarquía del sistema soviético, reanudaron la marcha, ya juntos, hacia Moscú. Uno y otro tenían motivos para sentir satisfacción. Aparte las muchas consideraciones de otro orden que se pudiesen hacer y aparte, sin duda, la posibilidad de una “escalación” de la guerra del Vietnam, hasta alcanzar el posible “point of no return”, tenían motivos, sin duda, para sentirse satisfechos.

La suerte parecía inclinarse, sonriente, hacia el lado de la Unión Soviética. En cualquier caso, por el mundo asiático. Los días amargos en que todo parecía indicar que los partidos comunistas de toda o la gran mayoría del continente asiático estaban condenados a caer irremediamente bajo la influencia directa del Partido Comunista chino, parecían haber pasado o estar pasando rápidamente. Hasta el Partido Comunista del Japón empezaba a vacilar seriamente. Tenía motivos más que sobrados para ello.

Aunque seguían siendo muchos y muy grandes los obstáculos atravesados en el camino de unas relaciones económicas, comerciales sobre todo, entre la Unión Soviética y el Japón para que pudiesen llegar a ser de una verdadera importancia, lo que se estaba haciendo era sorprendente y un poco asombroso también. A pesar de la actitud dura de la U. R. S. S. en materia de concesiones como las que el Japón sigue buscando, sobre todo por el lado de esas dos islas meridionales de la cadena de las Kuriles que casi establecen una relación de continuidad física con los dominios de la nación isleña, por esos mismos días el ministro de Asuntos Exteriores del Japón se encontraba en Moscú—entre el 16 y el 22 del pasado enero—para negociar y, al fin, firmar dos importantes acuerdos, uno comercial, de cinco años, y otro de navegación aérea, para poner en comunicación directa a Tokio con Moscú, a través de toda la Siberia. También estos acuerdos tienen unas caracte-

terísticas especiales, a las que se ha concedido una gran importancia. Y parecen, al menos por ahora, ser sólo el comienzo de una política de mucha más amplia colaboración, con cosas como la aportación japonesa de tubería para la construcción de oleoductos que hagan posible la exportación de petróleo soviético al Japón en condiciones francamente favorables. Y para algo más todavía: la colaboración activa del Japón en el desarrollo económico de la Siberia oriental.

* * *

Todos estos acontecimientos, unos más que otros, han producido una impresión penosa en Pekín. Lo suficiente para que hace poco, a mediados de febrero, no se hubiese pasado por alto del todo una fecha en otro tiempo memorable: el aniversario—el décimosexto esta vez—de la firma del tratado de amistad chinosoviético. Los chinos aprovecharon la ocasión para atacar con singular dureza al régimen acusado de haber vuelto la espalda a la revolución para convertirse en un “lacayo del imperialismo norteamericano”. y los rusos se valieron de ella para, desde un plano que pretendía ser más elevado, dar a los comunistas chinos una lección de buenos modales revolucionarios y sólida base ideológica. Parecía estar ya imposiblemente lejos aquel día, hacía poco más de un año (en noviembre de 1964), en que Chou En-lai, primer ministro chino, había pasado por Moscú, para cambiar impresiones con los sucesores de Jruschev, y el otro, más cercano todavía (en febrero de 1965), en que Kosygin había ido a Pekín, para hacer otro tanto con los amigos y camaradas de la dirección del Partido Comunista chino. Entonces se hablaba de una “ancha plataforma” sobre la cual asentar y mejorar las relaciones rusochinas. Pero, desde entonces, el proceso de deterioro hizo rápidos y en ocasiones espectaculares progresos. Ahora, cuando acontecimientos de la magnitud de la Conferencia de Tashkent, el tratado entre la U. R. S. S. y Mongolia y la decisión soviética de mantener firme y activa su política de ayuda al Vietnam del Norte, a tiempo que hace progresos la política de amistad y colaboración, comercial sobre todo, con otros pueblos asiáticos, parecen realzar la importancia de la Unión Soviética como potencia asiática, las relaciones con la China comunista se acercan, caso de no haberlo tocado ya, al punto de la ruptura. Quizá esto comparta la naturaleza de las cosas absolutamente ineluctables.

JACINTO MERCADAL.

